

MÁSCARA
DE OBSIDIANA

MÁSCARA DE OBSIDIANA

por

Marcial Fernández

*F*ICTICIA

MÉXICO
2016

Esta obra literaria se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del programa del Sistema Nacional de Creadores 2015.

MÁSCARA DE OBSIDIANA

D.R. © Marcial Fernández

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: junio 2016

Fotografía de portada: Catmen Gata (commons.wikimedia.org),
utilizada bajo licencia *Creative Commons 3.0*

Ficticia Editorial

Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, C.P. 01060, Ciudad de México
www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Editor: Armando Hatzacorsian

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-069-8

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

ATARDECER.....	15
INVESTIGACIONES PRIVADAS Y CASOS DIFÍCILES DE RESOLVER —DISCRECIÓN ABSOLUTA— LLÁMEME.....	19
ANOCHECER.....	23
AMANECER.....	27
LA DE OCHO.....	29
RUBIA DE METRO OCHENTA Y AMANTE DE MILLONARIO	33
RÓBAN MÁSCARA DE TEZCATLIPOCA; SE TEME QUE LA JOYA MEXICA YA ESTÉ FUERA DEL PAÍS.....	37
SOY INOCENTE; TODOS LOS CULPABLES DICEN LO MISMO: FRANZ KAFKA	39
ROBAN MÁSCARA DE TEZCATLIPOCA... ..	47
EL ZOOLOGICO DE MOTECUHZOMA: DE LA CUCARACHA AL LOBO ESTEPARIO.....	51

¡EXTRA! ¡EXTRA!.....	55
SUSTITUYEN MÁSCARA DE TEZCATLIPOCA NEGRO POR NEGRA Y RARA FALSIFICACIÓN	61
CREACIÓN DEL MUNDO Y CAÍDA DE QUETZALCÓATL.....	63
SUSTITUYEN MÁSCARA... ..	65
OJO POR OJO.....	69
CREACIÓN DEL MUNDO... ..	75
COLMILLO POR COLMILLO	79
CAÍDA DE QUETZALCÓATL... ..	83
LEY CUAUHTLI.....	87
CAÍDA DE QUETZALCÓATL... ..	91
LA ORGANIZACIÓN MISMA DEL CRIMEN.....	95
CAÍDA DE QUETZALCÓATL... ..	101
PALIMPSESTO	105
CAÍDA DE QUETZALCÓATL... ..	107
LA CAZA DE LA HIENA	111
BALACERA EN LA PGR; SIETE MUERTOS Y DOS HERIDOS	119

LA VERDADERA HISTORIA DE LA NOCHE TRISTE.....	121
BALACERA A LAS AFUERAS DE LA PGR... ..	129
LA VIRGEN SACRIFICADA	133
BALACERA A LAS AFUERAS DE LA PGR... ..	139
NEGOCIACIÓN.....	143
BALACERA A LAS AFUERAS DE LA PGR... ..	149
ÁGUILA QUE DESCIENDE.....	153
AL BORDE DEL REFLEJO.....	161
ESPEJO HUMEANTE.....	167
MÁSCARA DE OBSIDIANA	173
COSME NEZAHUALPILLI, PRESUNTO ASESINO DE LA CANTANTE FACUNDO ATL: MARIO TREJO	129
EPÍLOGO	177

*Advertencia: como la Historia Universal,
este libro está plagado de mentiras.*

PABLO RAPHAEL, *Clipperton*

*Le declaré mi amor y ella me regaló su corazón
qué magnífica fue nuestra ceremonia
aún me tiembla el alma al recordar la serenidad del sacerdote
el júbilo del pueblo y el llanto de los familiares cuando
en lo alto del templo
levanté con ambas manos ese órgano sangrante en ofrenda
a los dioses*

ATARDECER

Están enmascarados: unos, con rostros de calavera; otros, con pieles y fauces de jaguar, plumas de águila, caninos de lobo. Tambores. Penachos espléndidos. Caracolas. Baile. Humo. Ofrendas para los dioses, los antiguos, esos que muchos creen muertos. Y ante la mirada atónita de los turistas que pasean por el Zócalo—también llamado La Plaza de la Constitución—, el sacerdote alza el cuchillo de obsidiana y, frente a la multitud, sin temor a las nuevas leyes, deja caer con ambas manos el filo en el pecho desnudo de la virgen, quien apenas exclama un ay de dolor, un ay blanco como el tono que adquiere su semblante, mientras el verdugo, rojo de brazos, rojo de torso, rojo de sangre, extrae...

El timbre del teléfono lo despertó de golpe. Tonatiuh Cuauhtli, sudoroso, apelmazado, con las encías sabor a cobre, echó entonces un rápido vistazo al lado derecho de su cama y no, no estaba acostado con la virgen sacrificada.

¡Chingada madre!, respiró con dificultad. ¡Tantas pesadillas me van a volver loco!

Los timbrazos, intermitentes, resonaban cual pedradas en su cerebro. Descolgó el teléfono.

—Diga.

—¿Don Tonah?

—Sí, Itzel, ¿qué quieres?

—Tenemos trabajo.

—¿A esta hora?

—Son las seis y media, casi las siete de la noche.

—¡Las siete! ¡Putra madre! ¡Entre más viejo, más huevón!
¿Cuál es la orden?

—Un asesinato en Licenciado Verdad.

—¿Aquí en el Casco Antiguo?

—Casi a un lado del Gran Teocalli.

—¿Puedes pasar por mí?

—Deme media hora.

Colgó. De la recámara fue a la puerta del departamento para recoger el periódico. De ahí, mientras leía el extraño caso de MUJER HÚNGARA PROSTITUYE A SU HIJA CON ALIENÍGENAS, llegó a la cocina y se preparó café. Sentado, revisó otro titular: CIUDADANO NIPÓN PIERDE A SU ESPOSA EN JUEGO DE DADOS.

¡Qué de mamadas!, negó con la cabeza.

Con el vaso de café quemándole la mano, se dirigió al baño para vestirse con la misma ropa de ayer que apesta-
ba, ciertamente, a humo de Delicados; se afeitó a navaja, se lavó la cara con jabón Rosa Venus y el líquido de la llave olía a oxidado; se peinó el copete y se untó en los cachetes y las axilas Agua de Colonia Sanborns. Por último, ignorando las arrugas y las patas de gallo de su rostro en el espejo, se sintió fresco, limpio, fuerte.

¡Listo!, se dijo.

Tocaron la puerta.

—Voy.

Cuando abrió, sin saber el porqué de la observación, notó que Itzel, su asistente, traía una arracada nueva en la oreja izquierda. Con ésta completaba la decena. Lo que no lo sorprendió fue verla de negro. Siempre vestía igual.

—¿Traes las cámaras?

—Sí, señor.

—Vámonos.

Bajaron por las escaleras ruinosas y húmedas hacia la calle. Aquí, una grúa intentaba jalar el Gett amarillo de Itzel, lancha biplaza con motor fuera de borda y permiso para navegar en los canales del Casco Antiguo, embarcación que los padres de la fotógrafa le regalaron por terminar la universidad. Tonatiuh Cuauhtli se acercó a la espalda de uno de los policías.

—¿Adónde oficial?

—¡Pues adónde va ser! —ni siquiera se volvió el uniformado a ver a Cuauhtli.

—¿Perdón, oficial?

El policía encaró al impertinente y, cuando lo pensaba insultar, con asombro lo reconoció.

—Disculpe, Don. Mi pareja y yo no sabíamos que era su bote.

—No, si no es mío, es de mi colega —señaló a Itzel, quien saludó al grullero con una sonrisa—. Ahora, manito, dile a tu compa que lo desamarre, que traemos una prisa del carajo, y nos levantan la infracción.

—¿Cuál infracción, Don? Si usted es de casa.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

—¿Pero la lancha estaba mal embarcada?

—Mejor deme su autógrafa y ahí la dejamos.

Tonah le pidió a Itzel un bolígrafo y, mientras estampaba su firma en el Reglamento de Navegación del grullero, el policía agregó:

—Y si no es mucha molestia, también el de la señorita. Si es su discípula, tal vez llegue tan lejos como usted.

—Fírmale, cabrona —le ordenó Cuauhtli a Itzel y, malhumorado, sugirió—: sin dedicatoria que no eres ninguna celebridad, y rapidito, que ya se nos hizo tarde.

Impresos los autógrafos, Itzel ayudó a don Tonah a subir a la lancha y, una vez que también ella estaba arriba, preguntó:

—¿Por dónde?

—¿Dijiste Licenciado Verdad?

—Casi al lado del Gran Teocalli.

—Navega hacia el Zócalo, pero antes te detienes a comprar cigarrillos.

—Si gusta uno de los míos —sacó de la guantera una cajetilla de Marlboro.

—No, ni Dios lo quiera. No fumo *chingadeiras*, diría Pancho Cervantes; además esos cigarrillos vuelven maricón al que los fuma. Y en el caso de las viejas...

Itzel lo miró de reojo y el viejo dudó.

—No, si no lo digo yo, lo dice...

—Bueno, allí hay un Oxxo. Saque la mano para que me pueda orillar.

Don Tonah acató el mandato y, antes de que el bote se detuviera, se bajó, salvándose de milagro de no caer al agua. En la tienda compró tres cajetillas de Delicados, dos cervezas Barrilito frías y una bolsa de cuernitos Tía Rosa. Se subió de nuevo al vehículo mientras mordisqueaba el pan dulce y, con las botellas destapadas, tras ofrecerle una a Itzel, reclamó:

—Ahora sí, pícale, no sea que el muertito vaya a resucitar.

INVESTIGACIONES PRIVADAS
Y CASOS DIFÍCILES DE RESOLVER
—DISCRECIÓN ABSOLUTA—

LLÁMEME

*Cuicachimal ayahui,
tlacoch quiyahui tlalticpac,
in nepapan xochitli on yohuala ica,
ya tetecuica in ilhuicatl.
teocuitla chimaltica
ye on netotilo.**

CACAMATZIN

Ser detective privado en México es un problema. Sobre todo si se es calvo, chaparro y se usan anteojos de fondo de botella. Además, aunque se fuera un duro, ex boxeador y bebedor de whisky, esas rubias de metro ochenta de altura, jóvenes, opulentas y viudas de algún millonario, jamás entrarían al despacho a solicitar alguna investigación. Pero, en fin, se puede alquilar una oficina en el Casco Antiguo, en la Torre Latinoamericana, por ejemplo. Hacerse llamar

* Envuelve la niebla los cantos del escudo, / sobre la tierra cae lluvia de dardos, / con ellos oscurece el color de todas las flores, / hay truenos en el cielo. / Con escudos de oro / allá se hace la danza. León Portilla, Miguel. *Trece poetas del mundo azteca*, México, UNAM, 1984, pp. 122-123.

Jack, y tener una secretaria enamoradiza y un gato arrabalerero que ha perdido seis de sus siete vidas. Eso se puede y también resolver intrigas de maridos engañados, seguir los malos pasos de hijas de familia, encontrar xoloitzcuintles de pedigrí y asistir de gorra, chamarra colegial y botas de cuero al Estadio de los Diablos Rojos a ver un partido de beisbol, meditó Torre Latino.

Así, mientras el detective desayunaba en su escritorio una rebanada fría de pizza Domino's con café negro, Nicté, su secretaria, entró a la oficina y, luego de su monólogo matutino —la larga enfermedad de su madre, los problemas de su hermano preso, la profunda melancolía de su hermana y el mal olor de los canales—, dijo:

—¡Ah! Por cierto, Jack, afuera hay una mujer que quiere verlo.

—¿Atractiva? —interrogante que el detective sólo hizo para desenamorar a su secretaria.

—Francesa, ¿si las francesas le parecen atractivas?

—¿Y cómo sabes que es francesa?

—Lo supongo.

Miró a la secretaria y escondió el desayuno en uno de los cajones del escritorio. Se levantó del sillón y se puso la gabardina negra de los casos especiales. Prendió un cigarrillo Lucky Strike para pedirle a Nicté que hiciera pasar a la clienta, más que clienta, la primera rubia de metro ochenta, joven, opulenta y viuda de algún millonario que, seguramente, entraría al despacho vestida de rojo entallado en grave solicitud de ayuda.

Por la puerta apareció entonces una enana que, sin más, preguntó:

—¿Es usted el espiritista?

—¿El qué? —respondió Jack desconcertado.

—¿El médium? ¿El del programa de radio?

—¡Ah! ¡El maestro Zardinni! —contestó Nicté.

—Ése.

—No, señora, se equivocó de piso —puntualizó la secretaria—. El profesor da consulta en el despacho 666.

—Gracias —dijo la enana y cerró la puerta.

Jack miró a Nicté, quien apuntó:

—Ella no era la francesa.

—...

—Pero pudo ser.

—...

—¿O qué cree, que en Francia no hay enanos?

La secretaria desapareció un tanto molesta del privado del detective. Jack se acomodó en su silla giratoria. Subió los pies sobre la máquina Olimpia —una joya antigua como casi todo el mobiliario que rodeaba a Torre Latino—. Esperó a que la francesa entrara, pero nadie abrió la puerta.

—Nicté —llamó por el interfón—, ¿qué pasa?

—Nada —escuchó por la bocina.

—¿Cómo que nada! ¿Y la... la... señora que viene a verme?

—Se fue... Como usted no la hizo pasar.

Jack no respondió. Qué caso. Una cliente menos, una cliente más. Y otra cosa: con seguridad se trataba de una amante despechada en busca de cariño, comprensión, con yate y capitán a la puerta, sedienta de que alguien la escuchara, se enamorara de ella y juntos viajar a Nueva York, París o Tokio. En fin, esa aventura no valía la pena, pensó Torre Latino que, de viejo, se había convertido casi en un filósofo.

ANOCHECER

Llegaron en menos de diez minutos, por el canal 5 de Mayo, al Zócalo —también llamado Plaza de la Constitución—, en donde Itzel dio vuelta a la izquierda hacia República de Brasil para aparcar afuera de las casas viejas de Axayácatl. Se echó la maleta con las cámaras al hombro y, después de ponerle la alarma a la lancha, caminó tras Cuauhtli por Tlacopan rumbo a Licenciado Verdad y, ahí, a pleno sol, interrogar al primer judicial que encontraron.

—¿Qué pasó, mano? —preguntó el periodista.

—Nada, Don: se suicidó una pinche loca que se creía Juan Gabriel.

—¿Suicidio?

—Ajá.

—¡Ah, caray! ¿Y se parecía?

—¿A Juanga?

—¿Ni modo que a Raphael?

—Ni madre: Facundo estaba buenísima, pero cantaba del carajo.

Cuauhtli hizo un gesto indescifrable. Le pidió a Itzel que subiera a la escena del crimen y que fotografiara todo lo que se le ocurriera. Volvió al interrogatorio.

—¿Entonces lo conocías?

—Ajá, más de una vez la vi encuerarse en La Falda de Serpientes.

—¿El antro de Salto del Agua?

—¿Pues cuál otro? Ahí presentaba su show los jueves.

—¿Te lo cogiste?

—¡Qué pasó, Don! Soy machín. Además, no le digo que estaba re pinche loca.

—¿Por?

—Juraba que ella era Juan Gabriel y que Juanga, un impostor.

—¿Dejó mensaje póstumo?

—Sólo una pequeña nota garabateada con lápiz labial en el espejo del baño: YA NO HAY HOMBRES Y, LOS QUE HAY, SOMOS UNAS HIENAS.

Tonah se quedó pensativo, prendió un cigarrillo, miró a un lado y a otro del canal.

—¿Cómo se dio en la madre?

—Con matarratas.

—¿Matarratas?

—Ajá —negó con la cabeza el policía casi con deleite.

—¿Se lo tomó?

—Se lo inyectó.

Itzel salió del edificio y, al ver el rostro de su jefe, trató de reanimarlo.

—Traigo unas fotos chingonérrimas.

Cuauhtli se volvió a su asistente. La observó de la cabellera a las botas.

—¿Cómo puedes decir que traes fotos buenas de un pinche muerto?

—¡Arte, señor, puro arte!

—¿Arte? ¡La verga! Cuándo entenderás que no somos artistas, sino...

—Bueno, Don —interrumpió el judas—, me voy antes de que siga cagando a la niña. Mañana lo leo.

—Órale, pero dime: ¿cuál es el apellido del occiso?

—Atl. Facundo Atl.

«MÁSCARA DE OBSIDIANA»

DE MARCIAL FERNÁNDEZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 30 DE JUNIO DE 2016 EN EDICIONES
CERES, S. DE R.L. DE C.V. MANUEL ALEMÁN NO. 51, COLONIA LA
CONCHITA, DEL. TLÁHUAC, CIUDAD DE MÉXICO, 13360.

SE TIRARON MIL EJEMPLARES